

Los medios y el proceso de paz

Alfonso Gómez Méndez
Jurista-político



Uno de los múltiples errores cometidos durante el fallido proceso del Caguán fue la forma como, en determinado momento, se manejó, cual si se tratara de un espectáculo y no de un intento serio por superar un conflicto armado de muchos años.

Las reiteradas imágenes de televisión de los guerrilleros en actitud arrogante, fueron creando un justificado ambiente de rechazo social. El tour al Caguán incluía no solo periodistas serios, sino gente de farándula, actores y actrices, de todos los pelambres, empresarios, los llamados 'caos', el presidente de la bolsa de Nueva York, funcionarios públicos desviados de sus atribuciones, reinas de belleza, y, como siempre, lagartos y políticos en busca de figuración.

Casi todos los días aparecían los jefes guerrilleros dando ofensivas declaraciones sobre su poder, exacerbando los ánimos de una opinión pública que recibió, al comienzo, con júbilo el proceso, para luego rechazarlo abiertamente.

Recuerdo la imagen de la noche del 20 de febrero del 2002, el día del secuestro del avión de Aires y del senador Gechen Turbay, estando en un concierto de música colombiana con el presidente López Michelsen, cuando el presentador anunció la ruptura de los diálogos con las Farc: la gente se levantó para aplaudir a rabiar.

Esos errores no pueden repetirse. Desde luego, los medios deben cubrir lo que se está discutiendo en La Habana, y transmitir la información oportuna y ve-

“**Es preciso buscar, en materia tan delicada, menos espectáculo y más análisis.**”

raz a los ciudadanos sobre la forma como se van desarrollando las conversaciones. Deben manejar con mucho cuidado las 'filtraciones' que siempre se hacen de manera interesada. No hay filtración gratuita, y deberían privilegiar el debate serio y argumentado sobre lo puramente espectacular, como lo que ocurrió en el foro organizado en el Externado de Colombia, para analizar desde distintos ángulos el tema de la paz y los diálogos de La Habana.

Hubo sesudas exposiciones, como la de Sergio Jaramillo (publicada de forma completa en la edición de *El Tiempo* del martes pasado), alto comisionado de paz, que desde el comienzo ha manejado con prudencia, talento y discreción el complejo tema del acercamiento con la insurgencia para poner fin al conflicto armado e iniciar el verdadero proceso de paz que Colombia necesita.

Allí, encontramos un análisis histórico, político y jurídico sobre la natura-

leza del conflicto, sus alcances, y las reales posibilidades actuales de ponerle término. El tema de cuál va a ser el alcance de la 'cesión' en materia de justicia se maneja con mucho tino, teniendo en cuenta que solo cuando se presente el proyecto de ley estatutaria al Congreso, se sabrá con exactitud hasta dónde puede llegar el Estado en unas negociaciones que, de todas maneras, van a ser sometidas a la refrendación del pueblo.

Es en ese campo, en el que se debe adelantar el debate sobre los alcances de la justicia transicional.

Sin embargo, lamentablemente, los medios, antes que analizar tan ponderado documento dedicaron sus primeras páginas en la prensa y titulares en la televisión, al cruce de palabras cargadas de mutua ironía entre dos altos funcionarios del Estado, al que ellos mismos le restaron importancia.

Es preciso buscar, en materia tan delicada, menos espectáculo y más análisis.

@gomezmenendez

'Paideia'

Juan Manuel Pombo



Pertenezco a una generación de colombianos de un sector de clase específico, llámese clase media alta empobrecida o pseudoaristocracia en pauperización galopante (como la llamó hace mucho tiempo un colega de lides), que fue artífice de una silenciosa revolución pedagógica.

Durante mi educación primaria y secundaria, mal que me pese, el profesor era un ser humano que prestaba un servicio similar al de las mujeres del servicio, institutrices y policías.

Ya en bachillerato, los maestros y maestras del colegio donde me educué estaban tajantemente divididos entre colombianos y gringos. Los primeros, con raras excepciones, hay que decirlo, eran malos; y los segundos, también con irregularidad, buenos. Otro tanto podía decirse de los libros de texto: aquellos en español, pésimos; los que estaban en inglés, generalmente de McGraw-Hill, estupendos.

Por fortuna, cursé el bachillerato en tiempos levantiscos: la Guerra de Vietnam en creciente desprestigio; los hippies, empezando a hacer de las suyas; los Beatles y Rolling-Stones, entrando a saco al escenario del mundo y, por estas tierras, se sumó a todo el esplendoroso desorden un fervor comunista con innumerables ramificaciones criollas.

Uno de los profesores gringos, Mr. Olson, nos asombró, antes de pisar el salón de clase, caminando por los pasillos del colegio impecablemente vestido con una flor entre los dedos... no, no un girasol estrafalario al modo del barrio Haight-Ashbury en San Francisco, sino un silvestre diente de león (taraxacum officinale). Y luego nos noqueó en su primera clase de inglés: entró al salón con un tocadiscos que puso sobre el escritorio y esperó en silencio hasta que nosotros impusiéramos el nuestro. No pudieron ser más de cinco o diez minutos... una eternidad para un profesor nuevo ante una jauría de adolescentes fifi. Una vez reinó el silencio, puso un disco en el tocadiscos... y comenzaron a oírse los primeros acordes de *Sounds of Silence*, de Simon & Garfunkel. ¡Ah..., eso era una clase de inglés!

Qué diferencia con esos textos de preceptiva literaria de los que solo me quedó (lo agradezco, que conste) el soneto *Los potros* de J. E. Rivera. Qué diferencia con ese otro texto de filosofía de un cura Vélez que reducía el 'pensamiento universal' a banalidades como, Pascal: caña pensante o Hobbes: el hombre es lobo para el hombre. Ya se imaginan los exámenes. Olson, por el contrario, ese día, solo nos pidió una opinión... y durante los cuatro años siguientes intenté enseñarnos a redactarla... la opinión.

Cinco o seis años después, el padre rector, Francis Wehri, empezó a reclutar exalumnos recién graduados de pregrado para que dictaran materias por las que tenían entusiasmo, aunque no comulgaran ni hubieran estudiado pedagogía. Hicimos lo posible por emular las clases de los gringos y así, con éxito o no, nuestros alumnos, a su vez, se sumaron a una revolución que se había puesto en marcha años atrás: la de profesores iguales a ellos: conocíamos los mismos clubes, pero, también y sobre todo, creíamos tener cosas interesantes y urgentes que decir, aunque en el camino perdiéramos la acción del club.

Profesor y traductor
juanmanpo@yahoo.com

El monopolio en telecomunicaciones

Francisco Barnier González



Un estudio reciente sobre el mercado de telecomunicaciones de la OECD encontró que el dominio por Telmex del 80 por ciento en el mercado de teléfonos fijos, y 70 por ciento de móviles, le ha costado caro a la economía mexicana. Según el reporte, la pérdida alcanzó 129.200 millones de dólares entre el 2005 y el 2008 o 1,8 por ciento del PIB anual. Además de precios caros, la OECD describe el mercado con un pobre desarrollo en su infraestructura.

Dentro de las recomendaciones de la entidad está que Telmex deje a sus competidores utilizar su infraestructura para ofrecer televisión, teléfonos y servicios de Internet o verse forzado a vender sus activos.

Si por allá llueve, por acá no escampa. La participación de mercado de América Móvil en países

como Ecuador supera el 70 por ciento, y en Colombia el 65 por ciento en móviles. ¿Cuánto le habrá costado a la economía colombiana semejante posición dominante en términos de puntos porcentuales del PIB?

Uno de los más importantes defectos de situaciones de monopolio es la limitación severa de las opciones disponibles para los consumidores. Estos comienzan a no tener alternativa satisfactoria a los servicios del monopolista y a menudo los clientes están abocados a aceptar un servicio pobre, altos precios o aún rudo tratamiento.

Los monopolios resultan ineficientes toda vez que los beneficios de expandir su producción no son trasladados a los consumidores y las ganancias potenciales de estos se pierden bajo el monopolio. En una posición dominante con economías de escala, las utilidades juegan un bajo papel a causa de las barreras de entrada elevadas y costos decrecientes.

Además, las licencias otorgadas por el Gobierno

incrementan la rentabilidad y proveen protección frente a la competencia de mercado. Investigaciones demuestran que los monopolios hacen lobby ante las autoridades, realizan contribuciones políticas y otras acciones para vencer a los políticos que ellos pueden servir mejor los intereses públicos como proveedor monopolístico.

Una de las formas para que un monopolio sea competitivo es separarlo en varias unidades, sustituyendo monopolio por competencia. Esta es una buena estrategia si no fuese solo para reducir economías de escala.

Con el fin de introducir mayor competencia, el Presidente mexicano Enrique Peña Nieto acaba de crear

“**La próxima licitación de 4G es una oportunidad para mejorar la competencia en Colombia.**”

un fuerte regulador de la industria para frenar las empresas dominantes que tienen más del 50 por ciento del mercado y abrir espacio para nuevos competidores, pudiendo el regulador aplicar sanciones tales como regulación asimétrica sobre precios, multas e incluso obligar la venta de activos.

Otra iniciativa en la ley aprobada el 30 de abril imposibilita a las compañías que detentan concesiones públicas, atrasar normas y multas mediante mecanismos judiciales y así poder evitar sanciones.

La próxima licitación de 4G es una oportunidad para mejorar la competencia en Colombia. Además, el proyecto de reforma del sector en el país debe fortalecer a la CRC, permitir reglas claras para el uso de infraestructura y limitar que empresas del ramo posean más del 35 por ciento de participación de mercado que permita mitigar los efectos de una posición dominante en la economía y transferir así mayores beneficios a los consumidores.

Vicepresidente de proyectos, Tracker VSR Group